

# Álvaro Cuadra



## Chile: La Deserción de las Masas

PRIMERA EDICION DIGITAL

## Presentación

La última elección municipal en Chile ha dejado varias lecciones, todas apuntan a un divorcio abisal entre la institucionalidad política vigente y la sociedad misma. No de otro modo se explica que seis de cada diez chilenos se abstuvieran de emitir su sufragio. Sin ningún ánimo tremendista se puede afirmar que se trata de la mayor deserción electoral registrada en la historia de nuestro país. Frente a la magnitud de lo acontecido no se puede imitar al avestruz y esconder la cabeza, negando o matizando la realidad. Lo cierto es que una amplia mayoría de electores decidió, por razones diversas, no ejercer su derecho a voto.

Este comportamiento masificado plantea una retahíla de interrogantes a los analistas que no son nada fáciles de responder. Así, por ejemplo, cabe preguntarse cómo ha sido posible que ninguna de las encuestas haya pronosticado lo sucedido. Si bien se ha intentado explicar esta verdadera debacle a partir de ciertos criterios procedimentales como el "voto voluntario" y la "inscripción automática", ello solo posterga la cuestión de fondo.

Cualquier aproximación sería a este fenómeno, exige reconocer en él un proceso de larga data. Asistimos al resultado de un largo proceso que nos remonta al origen mismo de la democracia en que habitamos y, ciertamente, a su antecedente inmediato, la dictadura militar de Augusto Pinochet. Las claves para comprender el presente político de nuestro país se encuentran en diecisiete años de dictadura, seguidos por dos décadas de una democracia débil y más que imperfecta.

Si bien es evidente que el estudio de las motivaciones de cada elector para negarse a votar nos llevaría a una casuística infinita, no es menos cierto que se pueden reconocer indicios claros en algunos sectores ciudadanos que reconocen en esta negación una legítima opción política. Pensemos en ciertos sectores estudiantiles que bajo el lema "*Yo no presto el voto*", han convertido la deserción en un gesto político explícito.

No obstante, al considerar el fenómeno en su totalidad, tropezamos más bien con un "malestar difuso" que opone la "*vida cotidiana*" con el "*mundo político*" personificado, concretamente, en una "*clase política*". Hagamos notar que esta oposición entre el ciudadano común y "*los políticos*", se traduce como un "*nosotros*" y un "*ellos*", nosotros los que laboramos y ellos los privilegiados. Esta idea fundamental instalada en el "*sentido común*", supera las

distinciones ideológicas y hace indistinta las diversas identidades partidarias.

La percepción ciudadana de la "*clase política*" la concibe como una "*casta parásita*" que abusa de sus atribuciones para medrar del erario nacional, muy bien dispuesta, de manera unánime, a aumentar sus salarios cada vez que se da la ocasión. En el "*imaginario ciudadano*" contemporáneo, "*el político*" se ha convertido en un personaje aborrecible. Todo ello encuentra su asidero en los frecuentes escándalos en que se ven envueltos algunos "*Honorables*" que van desde el nepotismo a conflictos de intereses, pasando por bochornosos episodios reñidos con el más mínimo sentido de una ética cívica, o peor aún, con la ética a secas.

A pesar de la animadversión que genera la figura del político, estamos obligados examinar el lugar que éste ocupa en una "*democracia pos autoritaria*" como la nuestra. Dicho de manera sencilla, estamos sumidos en una institucionalidad política incapaz de salvaguardar, mínimamente, una "*ética cívica*" en el comportamiento de quienes protagonizan el quehacer político y, mucho menos, de los diversos partidos que componen el estamento político del país.

En las páginas que siguen, intentamos plantear algunos tópicos que debieran ser considerados al analizar la aguda ausencia electoral registrada en los

recientes comicios municipales. No hay, desde luego, respuestas definitivas. Se trata más bien de una mirada amplia que explora el fenómeno, planteando aquí y allá algunas hipótesis de carácter muy provisorio. En este sentido, si cada uno de los temas propuestos inaugura un debate y una reflexión política, el propósito de estas líneas se habría cumplido con creces.

**Álvaro Cuadra**

Santiago de Chile, noviembre de 2012

## 1.-La deserción de las masas

La abultada cifra de abstenciones en la reciente elección municipal que supera las previsiones más pesimistas, no es un accidente ni un comportamiento caprichoso del electorado; se trata, qué duda cabe, de un inquietante síntoma político y social en el Chile actual. Es innegable que la cláusula del "*voto voluntario*" y la expansión del padrón electoral han contribuido a que se exprese con mayor fuerza un malestar difuso ante el presente estado de cosas en nuestro país. No obstante, lo cierto es que antes de que se aprobara esta nueva modalidad había ya una masa muy significativa de no inscritos en los Registros Electorales, especialmente en los sectores juveniles. Más allá, entonces, de las explicaciones "*técnicas*" no se puede soslayar la cuestión de fondo: Algo huele mal en nuestra "democracia" y desde hace mucho tiempo.

La idea ingenua de que el voto le ganaría a la calle ha sido desmentida por los hechos. La voz de la calle comienza a reflejarse en el rito electoral de una institucionalidad malsana, y lo hace, paradójicamente, como silencio, ausencia y deserción. Quienes se abstuvieron lo han hecho porque se sintieron

obligados a escoger entre candidatos designados por mafias políticas: El acto mismo de votar se ensució y perdió toda dignidad democrática en el actual orden constitucional. La abstención amplia marca un punto de inflexión que debiera hacer meditar a la clase política, pues, las actuales reglas del juego ya no satisfacen a una amplia mayoría.

El panorama que se abre ante las presidenciales del próximo año es más que inquietante e incierto. Si se quiere revestir de un mínimo de legitimidad las elecciones venideras es urgente introducir cambios importantes y radicales en nuestra institucionalidad. Hemos llegado a un punto de no retorno. Chile quiere otra democracia más participativa y justa que nos represente a todos y no este adefesio pinochetista que nos ha conducido a la nefasta situación en que está sumida la política entre nosotros. Insistir en mantener el actual orden constitucional solo profundiza el divorcio entre la sociedad y una clase política que dice representarla.

La cifra de abstención es una suerte de sismógrafo que muestra el grado de desprestigio en que han caído los políticos y la política tal y como se practica en Chile hoy. Hemos asistido a un terremoto político que no puede dejarnos indiferentes, pues nos guste o no, el malestar ciudadano va a buscar cauces de expresión tarde o temprano. El veredicto de la ciudadanía es claro y rotundo: El diseño político inaugurado en los noventa y que se ha proyectado

hasta la fecha ha dejado de funcionar y ya no convoca a las mayorías. Cuando una mayoría importante de ciudadanos le vuelve la espalda a la clase política que quiere representarla, como ha acontecido hoy, es hora de pensar en una nueva democracia con una nueva constitución.



## 2.-Indignación y decepción

El hecho político fundamental e inédito que ha puesto en evidencia la reciente elección municipal en nuestro país no es la alternancia de figuras en las distintas alcaldías sino la enorme abstención que se ha verificado en este proceso. Esta deserción de la ciudadanía relativiza cualquier triunfo electoral y, al mismo tiempo, hace incierta cualquier proyección para el próximo año. Cuando una amplia mayoría de ciudadanos se niega a participar en un proceso electoral, tal y como ha ocurrido, no significa de buenas a primeras, como sostienen algunos, un debilitamiento de la democracia; se trata más bien de una crisis de *"esta democracia"*

La imagen de los políticos y sus partidos ha caído a niveles mínimos: La abstención puede traducirse como *"indignación"* y *"decepción"* ciudadanas. La clase política, en términos generales, es percibida por el ciudadano de a pie como un grupo sordo a las demandas sociales, cerrado, excluyente y controlado por verdaderas pandillas y *"caciques"*, envueltos en corruptelas y negociados. El forzado binominalismo, la imposibilidad de emprender reformas constitucionales de fondo, entre otros factores, ha configurado un

clima político y social que es percibido como escasamente democrático y disociado de los anhelos de los chilenos.

El actual ordenamiento político del país resulta extemporáneo respecto a las transformaciones culturales que se verifican en el seno de nuestra sociedad. Se ha pretendido prolongar un diseño autoritario heredado de una dictadura militar que ya no se sostiene. Aquello que fue posible a principios de los noventa, ahora ya no es posible. Nada tiene de extraño, entonces, que el hastío ciudadano se exprese como una ausencia que es, a todas luces, un reclamo, pero también un anhelo. En toda su radicalidad, no votar es rechazar una institucionalidad que es percibida como un "simulacro democrático" añejo e incapaz de solucionar los problemas reales de los ciudadanos y el deseo de una democracia otra.

La abstención masiva de los chilenos es un fracaso mayúsculo y rotundo de todos los partidos políticos, atrapados en un marco jurídico constitucional que asfixia cualquier expresión democrática. Las escenas de candidatos triunfadores y el despliegue del espectáculo mediático no alcanzan a ocultar la verdad; estamos asistiendo a la crisis más profunda del sistema político chileno vigente desde el "retorno a la democracia" No se puede ocultar el sol con una mano y fingir que todo puede seguir igual. Más allá de los resultados que se deducen de estas elecciones, la abstención está señalando una demanda más

profunda que no se puede desatender, el anhelo de una nueva democracia que supere la marginación y exclusión de las mayorías.

### 3.- La Abstención: Un Cisne Negro

Un "*Cisne Negro*" es una figura que alude a cierto tipo de acontecimientos mayúsculos, pero extraños, inesperados e imprevisibles. Es lo podríamos llamar una "singularidad" completamente atípica, una verdadera sorpresa que solo somos capaces de racionalizar después de que se verifica. La Teoría del Cisne Negro ha sido desarrollada por Nassim Nicholas Taleb (2007) y nos remite a una locución latina atribuida a Juvenal: "*rara avis in terris nigroque simillima cygno*" La pronunciada abstención en Chile en las recientes elecciones municipales constituye un "*Cisne Negro*" por su rareza, su impacto y su imprevisibilidad.

En efecto, se trata de un comportamiento atípico del electorado, una rareza; de hecho, no hay antecedentes de una abstención de esta magnitud en nuestra historia. Es evidente que una vez que ha acontecido el fenómeno, obliga a todos los actores políticos a replantear sus estrategias para enfrentar las presidenciales del próximo año. Por último, llama la atención que ninguna de las encuestas publicadas con anterioridad a los comicios pronosticara lo que iba

a ocurrir. Esto nos lleva a una cuestión controversial en torno a las encuestas y su fiabilidad.

Las encuestas de diverso tipo constituyen instrumentos que pretenden escudriñar la realidad social, reconociendo tendencias, probabilidades. Tengamos presente que toda encuesta se inscribe en un "paradigma indicial" de carácter probabilístico que se aproxima a determinada realidad sin agotarla jamás. Toda encuesta entraña una dosis de incertidumbre y error. Una buena encuesta es capaz de mensurar su propio grado de aproximación. Las encuestas no podrían dar cuenta de un "*Cisne Negro*", pues éstos son inconcebibles antes de su aparición.

Pareciera que los sistemas de pensamiento para analizar los fenómenos políticos reclaman una revisión de sus supuestos y fundamentos, pues están siendo superados por una realidad cada día más dinámica y compleja que no alcanza a ser concebida por los paradigmas al uso. Debemos acostumbrarnos a un mundo mucho menos "*ordenado*" y previsible que aquel del que nos hablan los textos clásicos. La acelerada transformación de las sociedades humanas ha aumentado la probabilidad de enfrentar fenómenos que ni siquiera habíamos imaginado. Son estas "*rara avis*" las que nos obligan a expandir nuestros horizontes de comprensión de lo social y lo político.

La abstención de la mayoría de los electores en nuestro país exige una revisión muy acuciosa sobre una serie de presupuestos aceptados como verdades por los analistas políticos y sociales. Es evidente que la "*racionalidad*" que pretendía explicar el comportamiento político entre nosotros estos últimos veinte años ha salido damnificada. Asimismo, lo acontecido exige revisar cuestiones metodológicas de fondo en la elaboración y aplicación de instrumentos para auscultar los fenómenos sociales, pues, aunque no acabemos de entenderlo, hemos tropezado con un "*Cisne Negro*".

#### 4.- El abstencionismo: ¿Un agujero negro?

La abstención masiva de los chilenos en la última elección municipal instala en nuestro medio una fenomenología social que debe ser puesta en perspectiva. Lo inédito no es el "*abstencionismo*", la novedad estriba en su masificación. Lo que se tenía como una cuestión marginal se ha convertido en un fenómeno que atañe a más de la mitad del electorado en nuestro país. Asistimos a una "*singularidad*" que reconoce múltiples fundamentos, pero que se traduce en una "*negación*" a participar del rito electoral. Por de pronto, entonces, reconozcamos dos cosas: el "*abstencionismo*" es contagioso y va en un claro aumento.

Si bien las razones para no participar en una elección municipal, parlamentaria o presidencial son variadas, la decisión de "*no votar*" es una "*conducta política*" y que posee consecuencias políticas. Si una elección es de suyo un evento político, su negación también lo es. La abstención es, de algún modo, la más radical resistencia del ciudadano ante una realidad que no le convoca, cualesquiera sean sus particulares fundamentos. Todo esto no puede desconocer el papel

"*catalizador*" que han tenido los distintos movimientos sociales, especialmente, los estudiantes.

Si concebimos la inmensa mayoría abstencionista como una suerte de "*agujero negro*" instalado en el centro de nuestra sociedad, caemos en cuenta de que este "*agujero*" ha ido devorando de manera acelerada lo que solía llamarse el "*espíritu cívico*" de la población, diluyéndolo en una "*negación*" que se siente como un "*malestar difuso*" que va desde el simple desinterés a la opción política consciente por la abstención. La tendencia que se constata es hacia un crecimiento de este "*agujero*", y no hay razones para pensar que ese aumento se revierta en un plazo breve. Recordemos que la próxima elección se realizará en algunos meses más.

El universo abstencionista, como buen "*agujero negro*", no deja escapar la luz; esto significa que es refractario a un análisis sistemático. Podemos observar su totalidad que lo aproxima al 60% del electorado, pero no es previsible en el futuro inmediato. Es claro que el fenómeno no es nuevo y, pareciera, que se ha ido contagiando por capas. Lo que comenzó como una actitud marginal y juvenil se ha multiplicado hacia diversos sectores que se suman a la apatía y el desencanto. De modo que aquello que era un universo electoral relativamente estable y previsible se ha transformado en un universo inestable e incierto.



Es claro que el abstencionismo obliga a un replanteamiento fundamental en las estrategias políticas de los diversos partidos. Esto es así porque, finalmente, se ha producido una "*mutación del imaginario histórico, social y político*" en buena parte de la población. De suerte que los discursos y promesas de otrora ya no resultan eficaces en este nuevo contexto, disociando las estructuras partidarias de los fenómenos sociales y culturales en curso.

Lo que ha sido puesto en jaque es el "imaginario neoliberal", alimentado por los medios, los empresarios y una clase política elitista, como promesa de convertir a Chile en un país desarrollado. Este discurso político administrado como "*democracia de baja intensidad*" por cuatro gobiernos concertacionistas y por el actual gobierno de derechas ha dejado de convocar a las mayorías. La abstención está señalando el ocaso de una fantasía tecnocrática que excluye a los más y el anhelo de que Chile sea un país democrático para todos.

## 5.- ¿Una Bachelet Light?

Más allá de los silencios de la ex mandataria Michelle Bachelet, hay muchos que ya comienzan a esbozar ideas en torno a un programa de su hipotético segundo gobierno. Si bien la cuestión de su candidatura no ha sido todavía formalizada, no es, en absoluto, descabellado que algunos sectores de la alicaída Concertación insistan en convertir su figura en candidata. De hecho, la actual campaña municipal en marcha está utilizando profusamente su rostro como "*marca registrada*" de apoyo a los aspirantes concertacionistas.

Todo programa de gobierno es, por definición, una declaración y una promesa ante el país sobre los grandes lineamientos y límites del futuro gobierno. Como es obvio, un programa de gobierno intenta "*sintonizar*" con aquellos asuntos y preocupaciones que los ciudadanos sienten como prioritarios. Si bien las encuestas en nuestro medio han desplazado los temas políticos por aquellos de la vida cotidiana como los más importantes, habría que considerar que las movilizaciones sociales de los últimos años, protagonizadas por jóvenes sujetos a la inscripción automática, podrían modificar dicha tendencia.

Las movilizaciones sociales están dando cuenta de una creciente "*sensibilidad política*", en el mejor sentido, de algunos sectores de nuestra sociedad. Los reclamos que vienen de los estudiantes, profesores y apoderados, así como las demandas de trabajadores y de regiones no pueden ser soslayados. Esta nueva sensibilidad que caracteriza el presente, encuentra su expresión política más amplia en la demanda de una "*Asamblea Constituyente*" como instancia para cambiar la actual constitución.

Descartar por anticipado esta demanda ciudadana como mero delirio provocado por el opio, compromete seriamente el carácter democrático de cualquier programa de gobierno posible. Para expresarlo sin ambages, la estrategia de salvaguardar la imagen Bachelet de toda contaminación con ideas de izquierda es, políticamente, muy torpe. Considerando el estado lamentable en que se encuentra la coalición que apoyaría tal candidatura, cerrarse ante los reclamos ciudadanos es la crónica de una muerte anunciada, antes, durante o después de su eventual gobierno. Pretender una democracia sin el pueblo de Chile es una aberración política mayúscula.

En cualquier parte del mundo, luchar por una asamblea de ciudadanos es una justa demanda democrática por los derechos civiles y no una conspiración del "*comunismo*". Mucho más, cuando el

orden vigente solo expresa los intereses empresariales de la extrema derecha impuestos por una dictadura militar. En el límite, levantar una candidatura de "*Bachelet light*", a la medida de la actual institucionalidad, "despolitiza" todavía más a la oposición frente a una derecha disfrazada de oveja. La ecuación es previsible: Una candidatura tal siempre pierde, aún en el caso feliz de un estrecho triunfo en las urnas, pues como promesa incumplida, solo anuncia un nuevo gobierno de derechas.

## 6.- Re encantar: ¿A quién?

La resistencia a concurrir a las urnas de una masa significativa de votantes autorizados a ejercer su derecho está dando cuenta de un cierto "*estado de ánimo*" socialmente compartido, ello responde en último trámite a la irrupción de un nuevo "*carácter social*" en la sociedad chilena. Vivimos una "*sociedad íntima*" en que la determinación de "*clase*", en su sentido duro, cede su lugar a la expansión de la subjetividad. Pareciera que la "*personalidad*" define más las opciones que un credo o ideología.

Si esta hipótesis está en lo correcto, la convocatoria de la ex mandataria Michelle Bachelet se debe más a su condición de "*mamita de Chile*" que a su militancia socialista. En suma, su particular personalidad, rica en "*atributos blandos*" explicaría que una parte del electorado la recuerde con afecto, mientras que al mismo tiempo aborrece de su entorno político. La cuestión no es baladí, pues en esta definición se juega, ni más ni menos, su pretensión para un segundo mandato y la proyección, acaso supervivencia, de la llamada Concertación.

La pregunta es si acaso la figura de Bachelet es realmente viable en este nuevo clima político marcado por el ascenso de los movimientos sociales y un estado anímico adverso a los conglomerados políticos tradicionales. No se puede negar que los datos que arrojan las encuestas sitúan a la ex presidenta en una posición expectante, pero, bien lo sabemos, este tipo de instrumentos no son del todo fiables. Para complicar el cuadro, hay que decirlo, todas las cifras y proyecciones cuantitativas están sesgadas al 39% del electorado que se pronunció en las urnas.

La masa abstencionista del 60% es lo que podríamos llamar una "*caja negra*", pues si bien conocemos su magnitud, desconocemos su composición y los vectores que determinan sus orientaciones. Lo único cierto es que reaccionaron como conjunto frente a una coyuntura electoral, pero no es posible vaticinar si lo harán de nuevo y en qué medida y en qué dirección. Esta realidad condiciona a todos los estamentos de la política chilena, los que tendrán que acostumbrarse a conducir bajo una niebla cerrada y con un mapa carretero obsoleto. Lo prudencia indica estar muy atentos a las señales del camino y conducir a baja velocidad.

Estamos ante una paradoja inquietante, mientras todos los partidos hablan de re encantar a la gente, nadie sabe a ciencia cierta de quién estamos hablando. Es claro que la masa de indiferentes no es un cuerpo compacto y homogéneo, sabemos que sus

motivaciones son muy variadas. Sospechamos que la composición de esta masa abstencionista reconoce un núcleo duro y muchas adherencias que como hojaldres se instalan unas sobre otras.

En su dimensión estrictamente política y reconociendo la diversidad de motivaciones para no votar, lo que no se puede negar es que la abstención es una forma de rechazo y "*resistencia*" de la ciudadanía ante la "*democracia*" tal y como se la entiende y se la practica en Chile hoy. Cuando las excelentes cifras macroeconómicas no alcanzan a seducir a la mayoría de la población con derecho a voto, la cuestión es que los frutos del desarrollo nacional no están llegando a los más. Un país que se jacta de sus logros económicos y tiene a la mayoría de su población en la pobreza y privada de sus derechos básicos no puede ser un país democrático sino un país apático y desencantado de sus políticos.

## 7.- Fracaso de la Derecha

La derecha política chilena ha sufrido un serio revés en las últimas elecciones municipales. La pérdida de comunas y figuras emblemáticas atestigua el retroceso. Sin embargo, sospechamos que el fracaso es mucho mayor. Si nos atenemos a la burbuja de aquella fracción del electorado que emitió su sufragio, los resultados ya son desastrosos, pero si pensamos en el "*electorado oscuro*", aquella masa ausente e invisible, pero que ejerce su fuerza de gravedad, el fracaso es inconmensurable.

Hay un doble fracaso de nuestra derecha, por una parte, al interior de la burbuja, no ha sido capaz de convocar a un electorado que le dio el triunfo al actual mandatario, Sebastián Piñera hace apenas algunos años. Pero, hay además un "*fracaso histórico*" profundo cuyo mejor emblema es la caída del alcalde de Providencia en la Región Metropolitana, Cristián Labbé, ex "*Boina Negra*" y agente de la DINA, A esto se agrega, desde luego, la inmensa masa de abstenciones.



Con la salida de Labbé, uno de los últimos bastiones del pinochetismo es barrido del espacio público. El abstencionismo, por su parte, resulta ser un bofetón a toda la institucionalidad construida sobre la "*constitución de facto*" heredada de la dictadura militar de Pinochet. El proyecto pseudo democrático de la derecha chilena que ha sido administrado durante décadas por la Concertación ha perdido su pretendida legitimidad en las urnas. Una amplia mayoría de chilenos se ha negado a participar en el rito electoral, descalificando la institucionalidad construida por la extrema derecha bajo la forma de una democracia pos autoritaria.

Este rotundo fracaso se da, precisamente, cuando la derecha está en el gobierno, poniendo paños fríos a la atmósfera triunfalista que hacía soñar a algunos con una reelección de ese sector político. El "*electorado oscuro*", mezcla de indiferencia, apatía y resistencia, no presagia nada bueno para una derecha que ha sabido sobrevivir al amparo de un orden judicial constitucional que, con la clara complicidad concertacionista, le ha servido de paraguas para prolongar su poder político y económico.

Nuestra sociedad, impulsada por las nuevas generaciones, ha llegado a un punto en que exige que los logros económicos se distribuyan de manera más equitativa y las grandes decisiones políticas sean más participativas, incluyendo las voces de los movimientos sociales. Ya no les satisface un orden

político administrado por partidos ajenos a la ciudadanía y una economía que concentra la riqueza en muy pocas manos. Es evidente que para alcanzar un país tal es fundamental modificar la actual constitución y restituir al Estado muchas de sus atribuciones reguladoras y fiscalizadoras. En pocas palabras, otro país es posible solo a condición de abandonar el neoliberalismo.

## 8.- ¿Izquierdización o derechización?

Por estos días se ha escuchado con insistencia entre dirigentes de diversos sectores la palabra "*izquierdización*". Así, todo reclamo democrático planteado por sectores ciudadanos se incluye como síntoma de esta enfermedad. Demandar una Asamblea Constituyente para cambiar la constitución e iniciar un proceso de reconstrucción social y profundización de nuestra democracia solo puede ser el resultado de un delirio debido al consumo de opio. Lo cierto, sin embargo, es que nuestro país ha vivido por casi cuatro décadas exactamente el fenómeno inverso: una "*derechización*" extrema.

La "*derechización*" comenzó hace casi cuarenta años cuando una tropa de conjurados al servicio de una potencia extranjera depuso por la fuerza de las armas a un gobierno constitucional. Desde aquel infausto día se ha enseñoreado entre nosotros la extrema derecha, sometiendo a los más a indignos salarios, privándoles de sus derechos básicos en educación, salud y previsión social. Hasta el presente la mayoría de los victimarios siguen impunes, y en muchos casos enriquecidos y posando de demócratas. La "*derechización*" de nuestro país es la realidad

cotidiana que debe padecer la mayoría de las familias endeudadas, estudiantes y trabajadores.

El discurso de la derecha sobre una supuesta "izquierdización" ante cualquier demanda democrática encubre su estrategia por perpetuar el legado de la dictadura de Pinochet para preservar sus abusivos privilegios. Desde una perspectiva democrática, lo único que cabe es el reclamo de una nueva constitución para Chile, único modo de restituir la soberanía popular. En el actual orden que nos rige es imposible plantearse con un mínimo de seriedad una transformación democrática en nuestro país.

Ante una sociedad que segrega, excluye y margina a las mayorías, resulta moral y políticamente imprescindible plantear el reclamo patriótico y democrático por una "Asamblea Constituyente" hacia un Estado protector y responsable que deje atrás el triste y oscuro legado dictatorial. Las cosas por su nombre: Ha llegado el momento de plantear un nuevo camino para nuestro país, muchos chilenos estamos hartos de salarios miserables para la mayoría y utilidades millonarias para las grandes empresas, estamos hartos del abuso y la demagogia.

Los movimientos sociales han expresado de manera clara y rotunda un profundo malestar de la ciudadanía con el actual estado de cosas: Chile reclama cambios de fondo. Se requiere una transformación democrática

de nuestra sociedad en que la participación de los ciudadanos sea una realidad a nivel local y nacional, una sociedad inclusiva y tolerante que dé buena cuenta de la diversidad cultural. Un país, en fin, que recupere su propia dignidad salvaguardando sus riquezas naturales de la depredación de grandes corporaciones globales. Un Chile justo capaz de abolir la malsana "*derechización*" en que estamos sumidos.

## 9.- La "*Era dorada*" de la derecha

Una de las paradojas del Chile de hoy radica en que después de más de dos décadas del llamado "*retorno a la democracia*", los sectores más reaccionarios del país se las hayan ingeniado para que todo siga igual, cuando no mejor, para sus negocios. Durante cuatro gobiernos consecutivos lograron vetar cualquier cambio que pusiera en riesgo su posición de privilegio, minando la credibilidad de los políticos concertacionistas al punto de erigirse en alternativa presidencial. Lo cierto es que la derecha chilena, sea como oposición o como gobierno no ha perdido, hasta aquí, la iniciativa.

Entre las fortalezas de este sector político debemos consignar la cultura oligárquica en que se desenvuelve todo en este país, desde la política a los negocios. Sumemos a esto la presencia hegemónica de sectores eclesiásticos, castrenses y financieros que actúan como verdaderos "*podere fácticos*". No obstante su aparente fortaleza, la derecha adolece de no pocas contradicciones que, a ratos, le juegan en contra. Nuestra vieja derecha reconoce, a grandes rasgos, tres grandes corrientes que la conforman, a saber: el nacionalismo, el fundamentalismo católico y el

liberalismo económico. En la actualidad, asistimos a las tensiones derivadas de la vehemente, y a ratos inescrupulosa, expansión financiera que contrasta con una derecha asentada en presupuestos morales ancestrales.

El gobierno del presidente Sebastián Piñera ha puesto de manifiesto ciertas fisuras en el tinglado político de nuestra derecha, grietas que responden a la contingencia, pero que se hunden en la misma heterogeneidad del sector social y político en que se afirma. Estas definiciones serán decisivas a la hora de encarar las próximas elecciones presidenciales, más todavía si consideramos la irrupción de un cierto "*malestar ciudadano*" que no advierte los presuntos beneficios del proceso modernizador neoliberal. Hasta el presente, las respuestas ante las diversas demandas de distintos sectores sociales han sido más bien improvisados parches que no modifican el fondo de los problemas planteados.

Si bien la oposición concertacionista está disminuida y desprestigiada, no es menos cierto que la figura de la ex mandataria Michelle Bachelet se pasea como un fantasma que bien pudiera restituir un gobierno reformista, arrastrando a la derecha, una vez más, a su condición opositora. Todo esto en un contexto donde los movimientos sociales ya no son mera teoría sino una presencia en las calles y el concepto de "*Asamblea Constituyente*" ha dejado de ser un tabú político. A todo esto se suma un mundo convulso en

que el horizonte de una recesión global y de una conflagración de proporciones está dentro de lo posible. Después del abstencionismo de un 60%, se hace difícil pensar que "*La Era Dorada*" de la derecha, amparada en una constitución hecha a su medida, puede prolongarse indefinidamente durante el presente decenio.



## 10.- Híper industria cultural: Movilización y redes

Una reciente encuesta CEP aporta una serie de antecedentes que llaman la atención. Un presidente impopular con índices macroeconómicos aceptables, una ex presidente muy querida de una coalición muy poco querida. Desde la derecha se intenta explicar estos resultados como un fallo comunicacional del gobierno: Gobernar es comunicar. Desde la oposición, palabras como simpatía, "*carisma*", entre muchas, intentan dar cuenta de esta persistente popularidad personalizada.

Una de las lecturas posibles ante los resultados que arroja la reciente encuesta tiene relación, en efecto, con la "*comunicación*", aunque esta aseveración requiere de una serie de precisiones. En primer lugar, si gobernar es, hoy, comunicar, habría que agregar que hacer oposición también. El ámbito comunicacional se ha convertido en el sello de nuestra época: Vivimos una sociedad "*mediatizada*". Esto quiere decir que son las redes mediáticas las que conforman el imaginario histórico social contemporáneo.

En segundo lugar, es indispensable precisar qué se entiende hoy por comunicación. Estamos asistiendo a un tránsito cultural mayúsculo a nivel planetario. Se ha instituido una modalidad que deja atrás la verticalidad de medios institucionalizados, así, el llamado "*Broadcast*" va cediendo en favor de un modo horizontal, interactivo, personalizado, típico de las "*redes sociales*": la modalidad "*Podcast*". Es en estas redes donde se fragua –hoy por hoy- la alquimia del imaginario social.

En tercer lugar, es claro que el discurso argumental y deliberativo de la política, discurso anclado en la lecto-escritura se desplaza hacia un discurso visual. Las nuevas generaciones abandonan la "*grafósfera*" y se alimentan de la "*videósfera*". Por tanto, la vieja retórica política de buenas razones pierde toda eficacia frente a la "*video política*", anclada más en la seducción que en la convicción. Ello explica que los públicos juzguen "*figuras*" y no coaliciones, del mismo modo, explica la futilidad de números en azul a la hora de evaluar una gestión.

En cuarto lugar, las llamadas "*redes sociales*", en tanto "*redes ciudadanas*", se orientan más por intereses temáticos y reclamos morales que por doctrinas ideológicas duras. Hagamos notar que los temas, en general, se inscriben en un repertorio mundial legitimado como "*sentido común*" por una suerte de "*Cultura Internacional Popular*": Minorías sexuales o étnicas; Luchas estudiantiles; Defensa del

medioambiente; Indignados frente a la crisis económica...etc. La "*Híper Industria Cultural*" está globalizando en el imaginario contemporáneo un "*estándar democrático global*" que sostiene los reclamos de los ciudadanos en todo el orbe.

Por último, no podemos olvidar que los fenómenos comunicacionales que observamos se dan en las llamadas "*sociedades de consumidores*", un diseño antropológico que tiende a generar una masificación indistinta donde el concepto de "*clase*" se extingue de la fantasía imaginal de las mayorías, afirmando en cambio el individualismo y la satisfacción inmediata de los deseos. Con todo, los intereses temáticos siguen conformando públicos dispuestos a hacer oír su voz.

El Chile de hoy, después de varias décadas, está evidenciando mutaciones antropológicas que confronta la tradición, y especialmente la "*tradición política*" (republicana, presidencialista, partidocrática y, digámoslo, autoritaria y excluyente) con el reclamo ciudadano por "*cambiar la vida*". Esto explica, en parte, la radicalidad expresada en las calles. Una lección para la actual administración de derechas, pero también para una oposición que no encuentra su norte en un país que expresa un "*malestar difuso y profundo*" ante una clase política que no quiere, no sabe o no puede abrir las puertas del mañana.

## 11.- Una Nueva Constitución

La demanda de una *Asamblea Constituyente* se inscribe en la justa lucha de un pueblo por sus derechos civiles. En cualquier sociedad democrática una asamblea ciudadana permite el cambio radical de la constitución de un país. No es cierto que se trate de una conspiración del "*comunismo*" como alegan algunos. Tampoco es cierto que se requiera una "*revolución*" o una crisis terminal para ello, como sostienen otros. No fue así en Colombia, no fue así en Ecuador y muchas otras naciones. No es cierto, por último, que anhelar otra constitución para Chile sea fruto de una pipa de opio, argumento tan tosco como falaz.

En el caso de nuestro país, hay razones más que justificadas para plantear con toda seriedad una *Asamblea Constituyente*. La actual carta constitucional que nos rige es sentida como ilegítima por una gran parte de la población, especialmente por las nuevas generaciones. Esto es así porque toda la arquitectura legal vigente está viciada en su origen. Quienes concibieron la constitución en los años ochenta lo hicieron de espaldas a la soberanía popular, en el contexto de una dictadura militar que se erigió

violando, precisamente, el orden legal existente y los derechos ciudadanos.

Los chilenos vivimos sumidos hasta el presente en una "*constitución de facto*", un cuerpo legal que usurpa la soberanía de los ciudadanos, tal como hicieron sus creadores. No es casual que sea esta constitución la que revista de "*legalidad*" lo que todos entendemos como "impunidad", permitiendo que los verdugos de otrora sigan posando con ropajes democráticos de última hora. No es casual que sea esta constitución la que revista de "*legalidad*" el abuso y el lucro de grandes empresas y la entrega de nuestras riquezas básicas a capitales extranjeros. No es casual que sea esta constitución la que asigna grandes sumas del erario nacional a la manutención de la "*familia militar*" tanto activa como aquella que permanece camuflada en organizaciones fantasmas; todo ello en desmedro del mezquino gasto social en educación, salud y previsión social. La actual constitución prolonga el poder instituido por la dictadura militar para sostener un orden social oligárquico y neoliberal.

El actual ordenamiento constitucional chileno será analizado algún día como una didáctica pieza jurídica de antología que muestra hasta dónde puede llegar la estupidez y el delirio autoritario humanos. Al igual que los manuales de la inquisición, todo está previsto para que sea imposible cualquier modificación. Resulta ilegal pretender modificar esta constitución ilegal, incluida, por cierto, una *Asamblea Constituyente*. Esta

aberración política y jurídica es tan grave que convierte todo el andamiaje institucional chileno en una "*asociación ilícita*". En estas circunstancias corresponde a la ciudadanía pronunciarse por una nueva constitución que garantice no solo los derechos de todos los ciudadanos sino la dignidad misma de nuestro país.

## 12.- Epílogo: De ciudadanos a consumidores

Las cifras que arroja la reciente elección municipal en Chile consagran una tendencia que se advierte desde hace años en el seno de nuestra sociedad, esto es, el tránsito de "*ciudadanos*" al nuevo estatus de "*consumidores*". Como hemos podido constatar, tras el llamado "retorno a la democracia", la analogía del ámbito político con respecto al ámbito tecno-económico se estrecha cada día más. De hecho, la noción de "*marketing político*" no hace sino naturalizar este maridaje, tornando ambos dominios en lo que técnicamente se denomina "*estructuras isomorfas*". La aprobación del "*voto voluntario*" y la "*inscripción automática*" hace explícito que el comportamiento político de los ciudadanos se inscribe en los mismos supuestos que el de los consumidores. Si antaño se decía que todos somos iguales ante la ley, en la actualidad se afirma que todos somos consumidores libres para elegir, según nuestros gustos y pulsiones. De esta manera, por descabellado o cínico que parezca, "*Votar*" o "*No Votar*" equivale a "*Comprar*" o "*No Comprar*".

El desplazamiento del "*ciudadano*", sujeto político de las sociedades burguesas, por la figura inédita del "*consumidor*", sujeto económico de la sociedad de consumo, redefine la noción de igualdad, pues el "*homo aequalis*" encuentra su protagonismo en una sociedad de consumo, travestido, precisamente, en "*consumidor*". Este nuevo sujeto de las sociedades contemporáneas da cuenta de cómo una función económica se ha desplazado al ámbito cultural o simbólico. Este desplazamiento lo observamos en la figura misma del "*consumidor*". En cuanto individuo ("*yo*") habita el imaginario de la "*libertad*" y de la "*libre opción*", sin embargo, en cuanto "*consumidor*" es una "*componente funcional*" del mercado. La figura del "*consumidor*" es de suyo ambivalente, pues la "*libre opción*" no es sino la regla constitutiva de su particular inserción en el mercado. Dicho de otro modo, en una sociedad de consumidores no hay una exterioridad a ella, todos habitan el mundo de la mercancía y la libre opción.

Una de las paradojas creadas por la sociedad de consumidores es que la hegemonía cultural cristalizada en la "*moda*" es administrada por las *élites* como una democratización y masificación del gusto. Los comportamientos discrecionales emergen, precisamente, en los sectores sociales no constreñidos económicamente. Es en este segmento donde la subjetividad se expresa con mayor fuerza, produciendo las singularidades culturales y un ethos de la permisividad. Estos comportamientos diferenciados se asocian al prestigio de los "*trenders*",



esto es, aquellos íconos mediáticos capaces de marcar las tendencias del gusto. Sólo una vez que se ha consolidado una "*tendencia*", sea que se trate de un corte de cabello, una prenda de vestir, algún accesorio, una marca o un comportamiento sexual, alimentario o de otra índole, ésta se masifica por la vía del *marketing*. Al igual que los "*status symbols*", las tendencias que delimitan los usos y costumbres en las sociedades *hipermodernas* han generado un clima de aparente libertad cultural administrada por la *Hiperindustria de la Cultura* a nivel planetario.

Las sociedades de consumo, forma contemporánea de decir sociedades burguesas globalizadas, acentúan la pirámide económica en la distribución desigual de la riqueza, concentrando el capital en pocas manos. Sin embargo, al mismo tiempo que aumenta la desigualdad, se acrecienta en la *fantasía imaginal* de las masas la apariencia de una "*igualdad cultural*", mediante la inversión de la pirámide simbólica. La pirámide cultural invertida opera mediante la masificación-diseminación de "*ofertas*" simbólicas. El aumento explosivo de "*ofertas*" simbólicas es traducido en la subjetividad de masas como una ampliación del espectro de sus "*opciones*" culturales y en sinónimo de "*libertad individual*". De esta manera, las actuales sociedades de consumo han resuelto la clásica ecuación de tres términos planteada por las revoluciones burguesas del siglo XVIII: Libertad, Igualdad y Fraternidad.

La "*libertad individual*" frente a las opciones de la cultura supone desplazar el problema desde el ámbito político (Estado) al ámbito tecno económico (Mercado), exaltando el Yo (individuo). Así, el reclamo marxista por una redistribución de la riqueza es resignificado en términos simbólicos: ya no se trata de una reorganización económica socialista sino, más bien, de una reorganización simbólica en que cada cual encuentre satisfacción de su Yo, a través de la libre opción material y simbólica dispuesta por un mercado que reconoce a todos los consumidores en condiciones de igualdad. La sociedad de consumidores exalta el principio de la igualdad, ya no como categoría política, es decir, no como *ciudadano*, sino como *consumidor* de bienes y servicios.

Tomemos nota de que, el capitalismo se ha erigido sobre una triple mitología constituida por la mercantilización, la reificación y el progreso como lógica inmanente. Esto generó la crítica clásica al capital en términos de alienación, explotación y dominación. Pues bien, se puede aventurar que en una sociedad sin clases, el objeto de esa alienación pierde su centralidad, ya no el "*trabajo*" sino el "*consumo*" es el que podría ser "*alienado*", y en este sentido, los términos de la crítica desaparecen del imaginario: ni alienación, ni explotación ni dominación, irrumpiendo un nuevo tipo de acuerdo social, el "*consumismo*".

Otra paradoja del siglo presente es el papel que juega cierta izquierda como "*punta de lanza*" en la reconfiguración de la consciencia burguesa. Para decirlo con claridad, la sensibilidad del "*progresismo*" se ha convertido en un vector de renovación ético político y en un agente cultural de cambio al interior de las actuales sociedades burguesas desarrolladas. Las izquierdas del mundo "*progresista*" contemporáneo se inscriben en una dialéctica intrínseca de las sociedades burguesas a las que quieren contestar. De esa tensión y negación surge la posibilidad del "*cambio*" que, por estos días, toma la forma de mutaciones culturales y antropológicas. De hecho, su reclamo por las reivindicaciones de las minorías no hace sino acentuar el reclamo individualista y "*democratizador*" de las burguesías avanzadas. La izquierda, en sus versiones más "*progresistas*", acelera el vector hacia una suerte de "*hipermodernidad*", una sociedad que quiere *modernizar la modernidad*, alcanzando de este modo una cierta modernidad líquida o de flujos.

La cuestión es si acaso están dadas las condiciones de posibilidad para encontrar un correlato político al actual estado de cosas. Los indicadores a nivel mundial están señalando un punto de inflexión y no retorno que requiere soluciones políticas revolucionarias. El capitalismo, en su forma neoliberal, está llegando a un límite en que se impone un salto cualitativo. En un mundo que ha asistido a la extinción del imaginario de la noción de "*clase*", y al mismo tiempo, ha sido capaz de integrar las opciones

culturales más radicales de izquierdas con todo su potencial revolucionario como lógica de "*cambio*", surge la cuestión en torno a una democracia del siglo XXI.

## Epílogo

A primera vista, hablar de "*democracia*" en Chile pareciera un chiste de mal gusto. Existe la percepción de que vivimos en un país escasamente democrático, aunque las autoridades, la clase política y los medios de comunicación nos intenten convencer día a día de lo contrario. Es verdad, ya no existe una policía secreta como la DINA-CNI que persiga a quienes piensan distinto para torturarlos y asesinarlos. Es verdad, los chilenos podemos, por lo menos, elegir al Presidente de la república cada cuatro años y a los representantes del poder legislativo. Pero como todas las verdades en nuestro país, se trata de verdades a medias.

Pensar la democracia en Chile exige considerar dos aspectos fundamentales que explican, para decirlo eufemísticamente, la "*democracia de baja intensidad*" en que estamos sumidos desde hace décadas. La primera y más evidente se relaciona con nuestra historia reciente. La actual institucionalidad y el orden jurídico del Chile presente encuentran como fundamento una carta constitucional sancionada por una Junta Militar en los años ochenta del siglo pasado. Si bien, la carta magna ha sido objeto de reformas

cosméticas a lo largo de veinte años, lo cierto es que en la letra y en el espíritu sigue siendo una constitución de "*seguridad nacional*". En palabras muy simples: En términos políticos, Chile no ha abandonado el espacio judicial impuesto por el pinochetismo.

La constitución que rige al país en la actualidad prolonga el diseño dictatorial tanto en lo económico como en lo político. La democracia chilena ha sido vaciada de todo contenido que ponga en riesgo el modelo social y económico concebido por las elites al amparo de los militares golpistas de 1973. De algún modo, la democracia chilena hoy es la prolongación de la dictadura por otros medios. Tanto es así que muchos personeros de la derecha política, hoy en el poder, participaron de aquel maridaje espurio entre el dinero y el terror que se escenificó entre paganas antorchas en "*Chacarillas*".

La democracia en Chile tiene un pasado y un presente profundamente antidemocrático. Pues, junto a las razones históricas que perviven obstinadas, el presente no podría ser muy distinto debido a razones económicas estructurales. Instituido un orden tecno económico neoliberal los resultados están a la vista: Cuatro familias de nuestro país (incluido el primer mandatario) tienen un ingreso anual equivalente al 80% de la población. Tal como indica la OCDE, Chile se ubica entre los países con peor distribución del

ingreso y con los mayores índices de pobreza de esta organización.

Una constitución antidemocrática y un modelo económico que concentra la riqueza no es, desde luego, el "*milagro chileno*" que se quiere vender al mundo. Hasta el presente, la "*clase política*" se ha mostrado inepta e impotente a la hora de canalizar el creciente malestar de los trabajadores y estudiantes. La llamada "*clase política*" ha sufrido un enclaustramiento que la disocia de los movimientos sociales, sumiéndola en una mal disfrazada atmósfera de corrupción y autocomplacencia: Es la crisis de los partidos políticos, tan ayunos de ideas como de liderazgos.

Las protestas callejeras durante el año 2011 están mostrando el sentir profundo de un pueblo que anhela, precisamente, reformas democráticas. Al revisar los índices en educación, salud y previsión social, se advierte un endeudamiento y pauperización generalizados, mientras las grandes empresas multiplican sus ganancias. La gran mayoría de los chilenos está padeciendo bajos salarios y un malestar creciente, mientras el Estado sigue ausente, maniatado por el dogma impuesto por la ideología del neoliberalismo.

Se hace difícil hablar de democracia en un país donde ex agentes de seguridad de la dictadura posan de

demócratas y ocupan cargos. Es difícil hablar de democracia en un país donde hay calles y navíos de la armada que ostentan los nombres y fechas emblemáticas conmemorando el golpe de estado. Es difícil hablar de democracia en un país donde se conjuga la impunidad, la represión policial y los buenos negocios. Es difícil hablar de democracia cuando millones de trabajadores deben enfrentar cada mes con un salario mínimo de poco más de trescientos dólares. Y no obstante, es necesario, acaso imprescindible como nunca antes, hablar, justamente, de democracia en nuestro país.

.





